



Mar Montoro

SI TÚ
PASAS,
YO
NUECES

m̄

MAR MONTORO
SI TÚ PASAS, YO NUECES

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** Y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Mar Montoro, 2021

© Editorial Planeta, S.A., 2021
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
ISBN: 978-84-270-4716-7
Depósito legal: B. 460-2021
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

Capítulo 1

IT'S MY LIFE

[Bon Jovi]

¿Quién soy y de dónde vengo? Esa es una buena pregunta para una chica como yo... La verdad, nunca he tenido muy claro cómo es mi manera de ser, si soy una persona segura o insegura y si le caigo bien o mal a la gente, pero tampoco es algo que me preocupe demasiado. Vivo y dejo vivir y entre tanto me va pasando la vida.

Me llamo Daniela Cem, que también, menudo apellido. Si hubiera sido Zem en lugar de Cem al menos habría tenido un punto de glamur la cosa, pero no, es con C de caca y lo llevo con todo el orgullo que puedo. Soy de un pequeño pueblo de Extremadura llamado Torres de la Vera, y ahí es donde he pasado los primeros veintidós intensos años de mi vida; en poco tiempo cambiaré de número...

En el pueblo me llaman la Tordo. Sí, es por lo que piensas, por lo de la cara fina y el culo gordo, pero

aunque mi cara sea fina tampoco tengo unos rasgos feos. Es más, yo de cara me veo bien mona y resultona y ahora, con tanto rollazo latino, lo de tener el culo gordo está de moda, así que... ¡Qué narices! Yo también tengo mi público. Pero no me como un colín porque en el pueblo somos cuatro monos en invierno y los «chicos» que hay podrían ser mi padre. Bueno, también están los rumanos, todos ellos casados con mujeres rumanas; Esteban, mi amigo de toda la vida, que no es para nada mi tipo, y algún que otro forastero despistado que se pierde por aquí los fines de semana para emborracharse y ensuciar la garganta, pero ellos también son criaturas de Dios.

Hablando de Dios, soy una persona tremendamente creyente, en teoría...

No hay domingo que falte a misa con la santa de mi madre, Teodora, que también, en teoría..., es una santa, pero que, de puertas para dentro, y está mal que yo lo diga tratándose de mi madre, es un demonio. Mi madre tiene dos cosas muy claras en la vida: la primera es que el día que dejemos de ir a la iglesia caerá un meteorito sobre el pueblo y nos iremos todos a la mierda, y la segunda, cómo no, que el sexo fuera del matrimonio es pecado, así que, obviamente, yo soy virgen.

Y dicho esto, poco más puedo contar sobre mí: soy hija única, mi padre, Julián, es un agricultor entrañable con una paciencia infinita por aguantar a mi bendita madre, y mi mejor amiga está todo el día fumando

marihuana y viendo ovnis por el pueblo. Se llama Mariana, qué buen nombre para la fan número uno de Bob Marley.

El despertador suena a las doce de la mañana, tengo los ojos pegados tras dormir diez horas seguidas, no sé qué pasó ayer, creo que le di una calada al porro de Mariana y, para variar, me dio un amarillo. ¡Si ya lo tendría que saber! Daniela, que no te sientan bien..., que eres de tensión baja y estas cosas te la dejan en el inframundo... ¡Pues no me entero!

Mariana se puso muy pesada con el rollo de qué vamos a hacer con nuestra vida, que no podemos quedarnos en el pueblo para siempre, que aquí no hacemos nada... y bla-bla-bla... Y me puso la cabeza como un tambor del Rocío, y por no matarla le quité el porro. Por cierto, qué dolor de cabeza...

Es lunes, de un 16 de julio que se presenta como el día más caluroso del año y me dispongo a dejarme caer de la cama cuando me llega el clip-clip de mensaje en WhatsApp:

Mariana:

Mari chocho, ¿te has levantado ya?
¿Qué tal te encuentras? Anoche te
tuve que subir hasta casa en la ratona
de mi padre. ¡Qué jodía eres! La
próxima te dejo en medio de la plaza.

¡Qué horror! ¡Pero mira que es pesada!

Daniela, o sea Yo:

Déjame en paz, esa mierda te acabará matando y a mí por aguantarte. ¿Qué narices quieres? ¿No se supone que hoy tenías que ayudar a tu madre con las olivas?

Mariana:

Escúchame cari, date un agua fría y ponte guapa, que me he enterado que hoy viene la tele al pueblo, los de *España directo*, y quién sabe si no hay un cazatalentos que nos saque de aquí.

Yo:

A mí con que me saque de la cama ya me vale... Joder, Mariana. ¿Qué coño cazatalentos? Si tú no sabes hacer ni la O con un canuto y yo soy la puñetera enterradora del pueblo.

(Pequeño detalle sin importancia que había pasado por alto...).

Hace dos años, cuando el pueblo cambió de alcalde y yo decidí abandonar mis estudios de explotaciones ganaderas en Navalморal, me surgió la oportunidad de tener un puesto de trabajo fijo, el de enterradora, y, oye, que no está mal pagado, pero el hecho de ser la persona que los mete bajo tierra me da un punto tenebroso, a vista de todos, que me hace perder más puntos a la hora de encontrar marido.

Zanja Mariana la conversación:

Mariana:

Bueno, tú verás, yo me voy a poner el vestido que me compré para la boda de la Tere y me voy para la plaza a esperarles con mis mejores galas.

Anda que no me jodería que fuera verdad lo del cazatalentos y se la llevaran a ella en lugar de a mí. ¡Pues vamos a la ducha! A ver qué coño me pongo, que a mí la Tere no me invitó a su boda.

Cuarenta minutos después, llego a la plaza. Al final me he puesto los vaqueros de siempre y una camiseta de mercadillo, pero con un escote bastante indecente (para una cosa que puedo lucir...).

—Anda que... —me reprocha Mariana en cuanto me ve aparecer por la calle más empinada del pueblo con la lengua fuera—. ¿Y para eso tardas tanto? Yo

paso de que me vean por la tele mis primos de Madrid al lado de semejante espantapájaros. ¿Te has peleado con el peine?

—¿Aún estoy a tiempo de irme? —le contesto.

—Calla, que ya vienen.

Todo el pueblo está en la plaza esperando a la gente de la tele, como si de la visita de los reyes de España se tratara, y entre la multitud aparece un adonis vestido de marca y repeinado que casi me mata de amor. Ese ser tan pijo resulta que es el ayudante de producción, y además gay. ¡Mecachis! Pero mira que tengo mala suerte con los tíos... Unos pasos más atrás va el presentador, también muy peripuesto y guapo, pero con una cara de gilipollas impresionante, y tras él, una cámara con patas. ¡Ah, no! Espera... detrás de la cámara hay un chico bajito, llenito y despeluchado. ¿Ya está? ¿No viene nadie más? Pues menuda se ha armado en el pueblo para semejante comparsa.

Mariana echa a correr como una loca —seguramente ya lleva un porrillo encima— hacia el presentador y se abalanza sobre él de una manera que obviamente se podría considerar acoso.

—¿Necesitáis guía para mostraros los rincones más secretos del pueblo? —sugiere mi amiga—. Ya te aseguro que la primera parada podría ser en mi casa...

Llego como puedo a rescatar al presentador, o reportero, o lo que sea, de las fauces de mi amiga y la aparto tirando de su vestido.

—Lo siento, es que hoy no se ha tomado la medicación y anda muy necesitada —la justifico.

—Nada, estoy acostumbrado a que las mujeres se tiren a mis brazos... —suelta el presentador—. Soy Marc, este —señalando al ayudante de producción— es Álvaro y este otro —el cámara— Fede, y sí, no nos vendría mal, para acabar cuanto antes, que alguien nos echara una mano para hablar de Torres de la Vera como destino turístico de vacaciones.

—Ah, pues... Aquí mi amiga Mariana y yo, Daniela, creo que podremos ayudarlos.

A todo esto, el alcalde y todos los del pueblo ojipláticos, esperando su turno para agasajar a los invitados.

Tres horas más tarde, tres kilos de roscas, dos corderos asados, medio kilo de tasajos, el alcalde, trece marujas, dos borrachos y dieciocho botellines «bien fríos» por cabeza, aún no habíamos grabado nada, pero ya les habíamos contado la historia, obra y milagros del pueblo y con la alegría de la cervecita fresquita y alguna que otra calada a los cigarritos de la risa de Mariana, que dieron ellos (yo no, que luego me pasa lo que me pasa), los amigos de la tele, que no eran ni tan estirados ni tan gilipollas como aparentaban en un principio, ya habían decidido que la enteradora del pueblo sería perfecta para hacer de copresentadora en su reportaje.

¡Madre de Dios, con la vergüenza que me da hablar en público!

Lo más cerca que he estado de hacerlo fue un día en misa que me tocó leer un salmo, pero estaban tan pesados y tan entusiasmados que me ha sido imposible decir que no y, la verdad, no se me ha dado nada mal, solo he tenido que hablar de mi pueblo, algo que conozco a la perfección.

Cinco de la tarde, hay que grabar rápido, que se va la luz, aunque ya tenemos casi todo lo importante hecho. De repente, a Fede le entra la vena artística, con el pedo que lleva, y decide hacer algunos planos para recursos, nada más y nada menos que en medio de la garganta, en unas piedras. A todo esto, yo, que soy más de pueblo que las amapolas, trato de ayudarle guiándole para que no resbale y se vaya al agua, que además es el que mejor me cae. Y de pronto, ¡zas! Justo cuando me está grabando y yo le explico cómo sortear las piedras de la garganta para cruzar de un lado al otro del río, una piedra se mueve y voy al agua. Pero ahí no queda la cosa. Que como intento salir como una sirena en plan aquí no ha pasado nada, no me doy cuenta de que los tirantes de la camiseta se me han bajado a los tobillos y salgo del agua a lo chica Bond pero con mis enormes pechos al aire... Tierra, trágame.

—Por favor, Fede, borra eso —le suplico.

—¡Qué va, tía! —exclama descojonado—. ¡Es buenísimo! Lo mejor de todo el reportaje es la cara que pones cuando te das cuenta de que te estoy grabando

las tetas. —Todo esto lo dice sin parar de reír medio ahogándose en su propia saliva.

—¡Te he dicho que lo borres! Joder, dame la cámara ahora mismo.

—Va, tía, no te rayes. Ahora lo borro, solo estaba de coña —contesta Fede.

Cuando volvemos al grupo, que ya ha pasado a las copas en el restaurante del río, no me atrevo a comentarlo con Mariana, pese a que voy con una ropa distinta, ya que he tenido que ir a casa a ponerme algo seco, pero nadie se fija en la diferencia y me pido una copa, como el resto, para ahogar la vergüenza en el alcohol. Soy un puto desastre, me digo una y otra vez. ¿Es que es imposible que me salga nada bien en la vida? Quizá no fuera esta la oportunidad que buscaba, pero ¿y lo orgullosa que estará mi madre con el gran reportaje que hemos hecho sobre el pueblo?

Seguro que pasará a los anales de la historia familiar. Con lo pesada que es doña Teodora, estará hablando de ello hasta el día de su juicio final. En fin, estoy deseando verlo por la tele.

Han pasado diez días y todo el pueblo se ha reunido en el bar del alcalde para poner la tele y ver *España directo*. ¡Hoy es mi gran día! Mi madre se ha vestido como si fuera domingo y mi padre ha hecho lo que ha podido con la única camisa medio elegante que tiene, el pobre. El alcalde corta jamón y mi tía ha preparado patatas revolconas con pimentón, cómo no, de la Vera,

y ahí estamos todos de los nervios, para ver lo bonito que se ve el pueblo por la tele.

Marc me presenta y comienza el espectáculo. La verdad es que no me veo tan mal por televisión y mis caderas parecen muy equilibradas con el escotazo que me puse, qué bien hice al elegir esa camisa... Pasan los minutos, todo está saliendo de maravilla, mi madre está más ancha que larga y mi padre... ¿Mi padre? Coño, se ha dormido... Normal, se ha levantado a las seis para recoger patatas. De pronto, Marc dice algo que no acierto a entender y ponen las imágenes de mi caída al agua y... y... ¡Oh, Dios mío! Mis pechos florecen delante de toda España en todo su esplendor.

Caos total... Todos me miran... Silencio absoluto... Yo, roja como el ya mencionado pimentón de la Vera... Callada no, lo siguiente... Y... mi madre empieza a chillar:

—¡Ay, Señor, qué bochorno! ¡Que me da algo, Julián!

—¿Qué? ¿Ya ha terminado el partido? —dice mi padre, que abre los ojos y da un pequeño respingo por el susto.

—¡Que alguien llame al 112, que a la Teodora le ha dado un vahído! —grita el alcalde.

—Jodo, ¿y dónde estaba yo? —me pregunta Mariana divertida, a su rollo, como siempre.

«Tierra, trágame...».

Salgo huyendo del bar del alcalde, buscando algún lugar donde esconderme el resto de mi vida y sin pa-

rar de llorar del tremendo corte que he pasado. Mañana mismo llamo a la productora y les armo un pollo. ¡Me van a oír!

El despertador suena a las once. Me siento como si hubiera sobrevivido a una catástrofe nuclear y no sé con qué cara me recibirá mi madre en la cocina. Aun así, soy una persona adulta y decido enfrentarme a mi verdugo.

—Buenos días, mamá, de verdad que siento mucho lo de ayer. Fue un accidente y me aseguraron que no se emitiría; es más, me prometieron que lo iban a borrar y...

Mi madre me interrumpe bruscamente.

—Si no fueras vestida como una fresca... —me reprocha—. Somos el hazmerreír del pueblo. ¿Con qué cara vamos a salir a la calle?

—Mamá, no es para tanto, le puede pasar a cualquiera. Más vergüenza que voy a pasar yo no la pasas tú, eso te lo aseguro —intento justificarme.

Suena el teléfono, sí, el fijo de casa de mis padres, que por raro que parezca aún hay personas que tienen teléfono fijo, y mi padre grita desde el salón que es para mí.

No tengo fuerzas ni para andar, así que prácticamente llego arrastrándome hasta la mesita supletoria del teléfono. Seguro que es Esteban, que ya se ha ente-

rado de mi debut televisivo. Joder, no me apetece nada hablar con él. Acaba de volver de un viaje de negocios —es representante de una marca de piensos para caballo— y seguro que me querrá contar todas sus batallitas y recordarme lo desastre que soy. Qué pereza, ni que no lo supiera...

—¿Dígame...? —¡Ah! Pues no, no es Esteban—. ¿Perdón...? ¿*Inter* qué...? ¿Cómo? ¿Desnuda...? ¿Que me quieren pagar cuánto dinero...? ¿Diez mil euros? ¡Oiga! Un respeto, que soy la enterradora. ¡Ni sexi, ni leches! ¡So cerdo!

Cuelgo el teléfono, alucinando con lo que me acaban de proponer: que sea portada de una revista donde solo salen tías en pelotas. También es cierto que luego tienen unos reportajes buenísimos, pero nadie los lee, compran esa revista nada más para ver a la famosa de turno en tetas. Pero si yo no soy famosa. No entiendo el morbo que puede suscitar ver a una cateta de pueblo como yo tal y como Dios la trajo al mundo. La gente está muy mal.

—Hija, esto... Sabes que yo no soy de escuchar conversaciones ajenas, lo sabes, ¿verdad? —dice mi madre.

—Sí, mamá. ¿Adónde quieres llegar?

—Diez mil euros es mucho dinero, y que conste que yo nunca reconoceré estar a favor de esto, pero... —Me huelo que aquí viene una auténtica exclusiva—. ¿Qué son unas fotos si ya lo has enseñado todo por la

tele? Seguro que Dios te perdona si luego donas veinte eurillos a la Iglesia, tu padre no tiene por qué enterarse y al pueblo solo llegan tres revistas de esas, las compramos y listo. Piénsalo...

La cabeza me da vueltas. ¡Mi madre está loca! Necesito reunión urgente de amigos y montar un gabinete de crisis.

Mariana ha ido al pueblo de al lado, dice que al médico... Sí, bueno, a comprar preservativos porque la farmacéutica de nuestro pueblo lo casca todo. Esteban está aún de camino regresando de Burgos, así que decido hacer una llamada a tres. La primera en descolgar es mi amiga.

—Mariana, soy yo, espera un segundo a que conteste Esteban.

—¿Daniela? —dice Esteban—. ¿Cómo está la chica más famosa del pueblo? Oye, increíble tu aparición interestelar de anoche en *España directo*. — Mi amigo se gasta un tono irónico que es para matarlo.

—¡Cállate, capullo! —le corta Mariana, y le estoy tremendamente agradecida por ello.

—Hola, amigos, precisamente de eso os quería hablar. —Intervengo con una voz tan temblorosa y triste que ambos deciden no enfrascarse en una discusión—. Resulta que no contenta con el bochorno de anoche, van y me llaman de una revista de tías en pelotas para que sea ya su portada del mes que viene. Que, bueno, eso solo es de shock total, pero que mi madre

me diga que lo haga... Eso ya no sé cómo encajarlo, y es una pasta porque por enseñar los pezones me quieren dar diez mil euros.

—¡Pues no se hable más! —exclama Mariana—. Mañana mismo nos vamos para Madrid. Tú diles que soy tu repre, yo me encargo de negociar. De diez mil nada, mínimo quince, y ¿qué es eso de enseñar pezones? Que se conformen con la raja del culo, que de eso tenemos todos, y punto en boca.

A todo esto, a Esteban solo se le oye la respiración, eso sí, más acelerada de lo normal.

—Esteban, cari... Necesito saber tu opinión. —Sé que le estoy presionando, pero es el único que puede poner algo de sentido común a esta conversación.

—Pues mira, Daniela. —Huy, me está recordando a mi madre cuando me quiere echar la charla—. Yo... —Deja un silencio de lo más incómodo—. ¡Joder, Daniela! ¿Qué quieres que diga? A mí me encantaría verte las tetas, quiero decir. ¿A quién no le apetece ver unos pechos bonitos? Pero, como amigo, pues no lo veo. Aquí en el pueblo ya sabes que somos muy tradicionales, te van a crucificar. Que si ya te cuesta echarte novio... Y lo que es peor, ¿cuántos hombres se harán pa...?

—¡No sigas! —lo interrumpo bruscamente—. Ya me ha quedado claro.

—¿El qué? —contestan ambos a dúo y como si tuvieran tres años.

—Pues que me voy a Madrid —digo con rotundidad.

Mariana aplaude mi decisión y Esteban se queda callado esperando a que diga algo más, tipo «es broma», pero no lo hago y doy por zanjada la conversación.

No es por lo que ha dicho Esteban, que seguro ahora mismo estará pensando qué coño ha dicho mal para que capte el mensaje contrario al que el trataba de transmitirme. Es por cómo lo ha dicho. Alguien tiene que poner firmes a los hombres de este pueblo. ¿Es que acaso soy una guarra por mostrar mi cuerpo? ¿Acaso como persona no tengo derecho a hacer con mi vida lo que me plazca por el qué dirán? No voy a seguir fomentando pensamientos machistas. Yo me voy a Madrid, me hago mis fofillos —por cierto, no me ha parecido mal que Mariana se haga pasar por mi representante—, y aprovecho la excusa para ir a la iglesia de San Expedito, que hace años que le debo una penitencia.

Más de una década sin salir de este puñetero pueblo, con un futuro que pintaba tan oscuro como las zanjas que cavo en el cementerio, ¿y voy a dejar escapar la oportunidad por miedo a ser persona *non grata*? ¡Anda y que les den!